

## CARTA DESDE ESTADOS UNIDOS

Mi querido Debray,

¡Lo conseguí! Soy ciudadano estadounidense<sup>1</sup>. Te alegrará saber que salí airoso de los exámenes de lengua e historia sin menoscabo de la reputación de los predecesores de nuestro embajador aquí en Washington. Pronuncié el juramento de fidelidad en las inmediaciones algo sombrías de la Oficina de Inmigración; nos situamos de pie ante la bandera estrellada, con la mano en el corazón. Sin embargo, conociéndome como me conoces, comprenderás que, en lo que me concierne, no cabe ver en ello ninguna muestra de mezquino oportunismo, sino el preludio a un plan más vasto.

Por supuesto, no espero convencerte; sin embargo, ¿quién renunciaría a convencer a su más viejo amigo de un proyecto que él teme que resulte ser la única salvaguardia –por más que provisional– de la civilización que formara a ambos? En el año 212 de nuestra era, el emperador Caracalla, consciente de la presencia de las hordas bárbaras en sus fronteras, así como de los costes crecientes del presupuesto militar, dio el paso revolucionario de conceder a todo hombre libre del Imperio Romano –desde las orillas del Tigris al Océano Atlántico– la ciudadanía romana. En un santiamén, la vacilante superpotencia se vio reforzada por millones de nuevos contribuyentes, talentos y reclutas. El edificio aguantó doscientos años más.

En nuestros días, ¿no exige la civilización occidental –en manos de apenas un 15 por 100 de la población mundial y, gracias a la globalización, tan visible para el 85 por 100 como los contenidos de un escaparate de Hermes en la Place Saint-Denis– un poder unificado similar? Europa y Estados Unidos comparten objetivos comunes. Ambos tratamos de desregular nuestras economías, democratizar el interior de nuestros países y defender los derechos humanos. Sin embargo, nuestra riqueza espolea el resentimiento, haciendo que a nuestro alrededor se levante la marea alta de los hambrientos y desposeídos. Las homilias de Huntington sobre el choque de las civilizaciones

---

<sup>1</sup> Recogido y adaptado de *L'Édit de Caracalla ou playdoyer pour des États-Unis d'Occident*, Librairie Arthème Fayard, París, 2002.

ignoran la circunstancia decisiva de que el mundo también se divide en Estados. Lo fundamental para todo hombre de acción consiste en asegurar que las ideologías y las instituciones coincidan. ¿Habría hoy un islam de no haber surgido un *imperium* Omeya y más tarde Abasida a pocas décadas de la muerte de Mahoma? ¿Si Damasco y Bagdad no hubieran sido capitales políticas además de religiosas? ¿Tendríamos un cristianismo de no haber existido una cristiandad, carolingia o bizantina, que rechazara las incursiones árabes? ¿Un monte Athos, sin las murallas de Constantinopla? ¿Los cistercienses sin una caballería franca, los jesuitas sin un Carlos V?

Hoy, nuestra civilización exige su propia institución política capaz de abarcar el conjunto: los Estados Unidos de Occidente. En este sentido, la respuesta europea al 11 de septiembre —«Nous sommes tous américains!»— y la oleada de unanimidad, de *L'Humanité* al *Figaro*, fueron conmovedoras. Sin embargo, los sentimientos comunes sin una unidad de mando sólo sirven para los discursos de sobremesa. Nuestros fautores de opinión se contentan con tan poco: su indiferencia hacia la conexión entre palabras y hechos no deja de sorprenderme. ¡Por favor, menos poesía y más lógica! Aquel «Ich bin auch ein Berliner [Yo también soy berlinés]» de Kennedy fue una estrategia, no un espasmo de emoción. Un nuevo siglo se abre ante nosotros. ¿Qué papel habrá de asignarse Europa en la marcha estadounidense a través de Asia? ¿Crear un puesto de primeros auxilios en la frontera afgana? ¿Patrullar el Golfo en una barca a pedales? ¿Ofrecer servicios de posventa en Oriente Próximo? Amigo mío, la única manera de escapar del protectorado consiste en trasladarse de la Zona Dos a la Zona Uno. ¿Es justo y democrático que sean sólo los habitantes de los cincuenta Estados los únicos que voten al presidente estadounidense, que a golpes de pulgar determina el destino no sólo de una pareja de gladiadores, sino de millones de vidas?

Ni que decir tiene que la tarea sería más fácil si nuestro nuevo Augusto, relajándose en el *Air Force One*, garabateara sus reflexiones en francés o alemán, como Marco Aurelio lo hiciera en griego. Sin embargo, la semejanza entre los pioneros del Tíber y los aprendices del Potomac es impresionante: en ambos lados uno encuentra el mismo rechazo pragmático de la abstracción, el optimismo histórico, las mismas triquiñuelas por todas partes, desde el centro de operaciones a la cama de matrimonio. Ambos dan la bienvenida a los extranjeros y ofrecen respeto a todos los dioses. En ambos casos, a los conquistados —latinos, japoneses— se les conceden los derechos de ciudadanía.

El primer paso consiste en ordenar a nuestros especialistas en derecho internacional que redacten un plan de conversión, que transforme una región de valores comunes en una región de soberanía compartida. Tal vez la posición de Puerto Rico —*Estado libre asociado*— señale el camino hacia un nuevo modelo constitucional. La discontinuidad territorial no sería un problema: pensemos en Hawai, y no digamos ya en la Martinica o Guadalupe. El Atlántico sería para los Estados Unidos de Occidente lo que el Mediterráneo fue para Roma: *mare nostrum*. París y Los Ángeles

están a la misma distancia del Hudson. ¿De qué sirve la multiplicación irracional de Ministerios de Asuntos Exteriores, de servicios de inteligencia y de satélites de vigilancia cuando se trata de perseguir el mismo conjunto de intereses? ¿Por qué tantas cabezas para un único continuo geoestratégico?

A estas alturas, mi querido Régis, habrás advertido la magnitud de lo que tenemos por delante. Tal vez aquí mis largos años de servicio al Estado francés faciliten la redacción de una carta de recomendaciones para los partidarios de ambos lados. En primer orden de importancia, ¿cómo debería defender el portavoz de Europa –uno de esos presidentes rotatorios, belgas, italianos u holandeses, que se reemplazan unos a otros en el pínaculo de la UE– los Estados Unidos de Occidente, si se les concediera una audiencia en el Despacho Oval? Yo pondría seis puntos básicos.

1. Su superpotencia no es un farol, sr. presidente, pero sus tareas exceden sus capacidades. Ha llegado usted a verse desbordado por sus obligaciones. No puede cubrir el planeta, desde las Kuriles a Panamá, del cabo de Buena Esperanza al estrecho de Taiwan, de los Balcanes a Tierra de Fuego, por sí mismo. Dése cuenta de cuántas zonas peligrosas escapan ya de su control: Corea del Norte sigue sin doblegarse, mientras que el presidente de Afganistán no puede abandonar la capital. Lanchas neumáticas abren boquetes estallando contra sus buques de guerra en el golfo Pérsico. América Latina se hunde en el caos. Los empresarios estadounidenses casi no pueden viajar al extranjero sin la amenaza de ser secuestrados o algo peor.

Gracias a las exorbitantes tasas de crecimiento de la población, los ejércitos de las naciones menos fiables, las subdesarrolladas, se harán cada vez más peligrosos; los de los blancos, aunque mejor equipados, andarán escasos de recursos y, por añadidura, han perdido ya el entusiasmo por el sacrificio. El apego de su población a las cosas de este mundo –tan importantes a la hora de sostener nuestra calidad de vida común– no es un problema siempre que una potencia de fuego superior le permita dominar desde más de 9.000 metros de altura. Sin embargo, un día la proliferación nuclear modificará esa ventaja. La disposición de un pueblo a morir por su país sigue siendo la carta más poderosa con la que cuentan sus gobernantes. El apoyo unánime que ordenaba el Artículo Cinco de la OTAN inmediatamente después del 11 de septiembre, lo habrá notado, ha venido disminuyendo desde entonces. Asimismo, nuestros electorados pueden leer un mapa y hacer sus cuentas. Confucio más Alá igual al 70 por 100 de las reservas petrolíferas y los casi dos tercios de la población mundial. China está con ustedes ahora; sin embargo, si en un futuro considerara que sus intereses están en un eje chino-paquistaní-saudí, Europa podría ver cómo su centro de gravedad comienza a desplazarse. Algún día sus tropas tendrán que hincar las rodillas en el barro. Sin embargo, unidos en una gran federación transatlántica, nuestras masas recibirán una renovada inspiración para luchar junto a (e incluso adelantándose a) sus nuevos compatriotas.

2. Piense en la demografía. En 1900, Occidente tenía un tercio de la población mundial y, gracias a su sistema colonial y al analfabetismo de los pueblos a los que sometió, dominaba medio mundo. En 2025, los occidentales no pasarán de un 10 por 100, mientras que nuestras tasas de alfabetización están descendiendo. El dominio de las tecnologías avanzadas se escapará de nuestras manos a medida que China e India avanzan a grandes pasos en el desarrollo del *software*. Si nos agrupáramos en una única federación, tal vez no pondríamos fin a nuestro estancamiento demográfico, pero al menos compensaríamos un flujo de inmigrantes con otro. La cultura latina de sus recién llegados hispanos está infrarrepresentada en la Europa dominada por el Norte, en detrimento nuestro. El centro de gravedad del cristianismo se ha desplazado hacia el sur. En 1939, los tres mayores países cristianos eran Alemania, Italia y Francia; hoy son México, las Filipinas y Brasil. Ustedes están más cerca y más engranados con ellos de lo que lo estamos nosotros, lo que puede ayudar a renovar nuestras raíces religiosas. Por otra parte, con nuestros millones de norteafricanos y turcos, conocemos a sus enemigos mejor que ustedes. Sus ideas son demasiado simples para las complejidades de un mundo islámico con el que no tienen fronteras comunes ni memoria compartida, ya sea buena o mala. De ahí sus torpes contraofensivas, sus alianzas incoherentes y sus toscos análisis.

Ustedes aportarán sus millones de latinos a los Estados Unidos de Occidente, mientras que nosotros aportaremos nuestros musulmanes. Piensen cuánta credibilidad ganarán nuestros líderes como portavoces planetarios, una vez que nuestro Estado común sea un auténtico representante del mosaico humano, un marco incomparable para el intercambio humano y, lo que es aún más importante, sr. presidente, la incorporación de Europa acarreará una reposición a escala masiva del elemento WASP<sup>2</sup> de su población. El efecto demográfico de doscientos o trescientos millones de europeos étnicos, descendientes de tez blanca de sus *Pilgrim Fathers*<sup>3</sup> supone un factor que no tendrá más remedio que tener en consideración.

3. El argumento económico es igualmente convincente. Piense en las ventajas de incluir casi un 60 por 100 del PIB mundial en un único Estado soberano. Ya no habrá más inquietudes motivadas por la buena disposición o no de los inversores extranjeros a sufragar su déficit por cuenta corriente. No tendrán otra elección. Uniendo nuestras economías, no sólo pondremos fin a las riñas por el acero, los plátanos o la carne de vacuno alimentada con hormonas. Cada cual ofrecerá al otro una corrección es-

---

<sup>2</sup> *White Anglo-Saxon Protestant* «protestantes blancos de origen anglo-sajón», expresión acuñada en la década de 1960 por E. Digby Baltzell que designa en términos peyorativos a los estadounidenses originarios del norte de Europa [N. del T.].

<sup>3</sup> Los *Pilgrim Fathers* son los primeros colonos puritanos que abandonaron Inglaterra en 1620 en el *Mayflower*, arribando a la costa atlántica, en la que fundaron la primera colonia británica en Norteamérica, por lo que son considerados los fundadores de Estados Unidos [N. del T.].

tratégica decisiva. ¿Qué otra cosa podría restaurar en los mejores términos la confianza de sus inversores en la cultura de las corporaciones tras el desastre de Enron, de no ser la solidez y las antiguas relaciones de nuestro modelo renano? ¿Y qué mejor manera de devolver la fuerza a nuestras industrias sumidas en el estancamiento que la terapia de choque de Texas o Manhattan? Combinados, el *Big Gouvernement* y el *Big Business* fraguarán la superautopista optimizada del futuro. Nosotros nos encargaremos de recordarle discretamente las virtudes del diálogo social, de los comités de empresa y de las políticas de empleo; ustedes señalarán el valor de las fusiones y de las reducciones de plantilla. El gran Occidente del futuro, nuestro ideal común, estará hecho de productividad más redistribución. ¿Pueden conseguirlo ustedes por sí solos, sr. presidente?

4. Sé, sr. presidente, que la cultura no es su principal preocupación; seré breve. Dentro de los Estados Unidos de Occidente, su industria del entretenimiento dejará de ser el blanco de nuestros envidiosos profesionales (por más que puedan llegar a lamentar la transformación de ese Moloch de *pixels* y celuloide en cuyo aborrecimiento encuentran tanta fruición). Nuestras contribuciones en este campo les darán un sello de calidad que acallará todas estas quejas. La globalización dejará de ser menospreciada en tanto que americanización. Hamburguesa y *chateaubriand*, *soap opera* y Visconti, Coca-Cola y Château Pétrus, Disneylandia y el Louvre —el complemento de cantidad más calidad pondrá a los Estados Unidos de Occidente en condiciones de conquistar en dos frentes: el derecho a la felicidad y la elevación espiritual—. Audiencias de masas y refinamiento cultural, grandes presupuestos y arte experimental: ¿quién se atrevería entonces a hablar de embrutecimiento, vulgaridad rebosante y *Brain Candy*? Nuestra cultura común ya no será sinónimo de materialismo y exhibicionismo —los productos de su complejo militar-industrial + industria del espectáculo—, sino de la cultura a secas, de lo más alto a lo más bajo de la escala. Solos, son ustedes omnipresentes. Juntos, seremos irreprochables. (Quisiera añadir que, en nuestros círculos intelectuales y artísticos, sobre todo en Francia e Italia, encontrarán un entusiasmo por la bandera estrellada que provocará la envidia de sus campus.)

5. El estado de sus instituciones federales, sr. presidente, deja mucho que desear. Ejercen ustedes diez veces más dominio sobre sus aliados que sobre sus *lobbies*. Nuestra experiencia en derecho administrativo —pienso sobre todo en los franceses— contribuirá a recalibrar la fuerza de los supermusculosos grupos de interés en favor del ejecutivo. Por muy paradójico que pueda parecer, la promoción de elites de la periferia favorecerá los propósitos del centro. Otro tanto sucede con su rígida máquina militar. Dentro de cien años, sus temibles comandantes regionales —pretorianos sordos por igual ante las protestas de sus colonos y sus auxiliares— podrían, siguiendo el precedente, establecerse como procónsules para luchar por los restos de Occidente. Sería difícil que sus jactanciosos comandantes en jefe aceptaran la misma graduación de las fuerzas estadounidenses con el nuevo suplemento europeo, y no digamos ya que concedieran el

mando estratégico a oficiales a los que han estado acostumbrados a tratar no mucho mejor que a los dirigentes de las ONG. Sin embargo, en lo que les atañe, sus aliados estarán mucho menos resentidos una vez que se hayan integrado plenamente en las fuerzas armadas unidas de los Estados Unidos de Occidente. Los nuevos reclutas se verán galvanizados, los líderes estarán motivados, los estados mayores generales se verán alentados por el contacto directo con los hombres que están en la cúspide, llegando a ser más monárquicos que el rey. En vez de «jugar un papel activo junto a Estados Unidos», ocuparán por fin el centro de la acción.

Conforme al «reparto de las cargas» actual, la mayor parte de éstas recae en ustedes. Llegará un momento –para Roma fue el siglo III de nuestra era– en el que el gasto de defensa superará los límites de lo aceptable por la opinión pública doméstica. Sus cientos de millones de nuevos contribuyentes fiscales les permitirán finalmente dejar de «externalizar» los costes –lo que ya supone un enorme porcentaje de su presupuesto federal– de ese inmenso aparato militar. Es más, de conceder la ciudadanía a sus aliados más antiguos contribuirían a que los cantos de sirena de la retirada aislacionista se vieran ahogados por los defensores entusiastas de la guerra humanitaria.

6. Ustedes temen los sondeos de opinión: «¡América para los americanos!». Sin embargo, sus analistas ya describen a Israel como el Estado número cincuenta y cinco, a Taiwan como el número cincuenta y dos y a Turquía, que cuenta con 67 millones de personas, como el número cincuenta y tres, sin que ello haya suscitado quejas en Oriente Próximo. Una campaña de *marketing* no tardará en convencer a los inquietos: ¡Justicia Infinita, Nueva Frontera, América en Marcha, Aventura Interminable, Felicidad Ilimitada! Una campaña que cofinanciamos. Tranquilice a sus patriotas y a sus milicias con el argumento de que la multiplicación demográfica, la entrada de dinero fresco y la extensión de la americanidad, como la de la romanidad de antaño, multiplicarán la gloria de su país y su poder protector. Recuérdeles el aumento adicional en profundidad estratégica gracias al cual sus enemigos se verán expulsados al exterior de un cordón protector de Estados tapón.

Hay una concesión recíproca: el derecho a aspirar a los cargos más altos. Tal vez le cause inquietud la posibilidad de que sus bisnietos elijan a un presidente nacido en México, Dinamarca o Francia. Sin embargo, el emperador Trajano, que amplió las fronteras imperiales de Roma al golfo Pérsico, era español; Séptimo Severo, que hablaba púnico y sirio, era tunecino; otro tanto sucede con Diocleciano, un simple dalmacio o croata. Roma no estuvo siempre en Roma. Más de una vez bajo aquellos grandes itinerantes que fueron los Antoninos, el aparato burocrático siguió al número uno. Marco Aurelio dirigió el Imperio desde el Rin o el Danubio. Constantino desplazó su capital al Bósforo, una periférica tierra baldía, en lo que fue un brillante desplazamiento, que acabó con la idea de los círculos envol-

ventes. El cambio consistió en dar a la primera sociedad multicultural mil años suplementarios de vida. Tal vez algún día los Estados Unidos de Occidente tendrán su capital en Ankara, Honolulu o Mesina... Pero no nos adelantemos a la música. Para el próximo siglo, nosotros los europeos podemos garantizar formalmente que Washington seguirá estando en las orillas del Potomac.

Por todas las razones aquí resumidas muy brevemente le pedimos, con toda la humildad, que nos conceda los derechos de ciudadanía. Hago entrega de una memoria para que sus consejeros la estudien concienzudamente. Mi sucesor estará aquí dentro de seis meses para conocer su respuesta. Reciba mis saludos, sr. presidente.

Y ahora para el Viejo Mundo. ¿Cómo exponer del mejor modo el argumento a un presidente de la Comisión Europea? No hay que olvidar que los jefes de la orilla este son personas sensibles. Las eminencias insignificantes exigirán un tratamiento suave.

1. Querido amigo, no se inquiete. Lo único que hace falta es su firma. Esta carrera empezó ya hace años: se remonta al menos a 1925, cuando Valéry podía escribir, imperturbablemente, que «Europa aspira manifiestamente a ser gobernada por una comisión estadounidense». Estados Unidos es ya un poder europeo por tratado: es miembro de derecho de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa y, de hecho, la controla. Uno tras otro, los intentos de dar forma a un contrapeso militar se han desvanecido en la bruma. ¿Quién habla hoy de la UEO y de sus «estatutos de seguridad», de la WEAO, de las Fuerzas a Disposición de la UEO, de Eurofor y de la *Gymnichs*? ¿Quién se acuerda de la Célula de Planificación, del Consejo de Defensa franco-alemán, del Consejo de Seguridad Europea o incluso de su alarde más reciente, la «Fuerza de Intervención Rápida Europea»? En un ámbito regional, la OTAN es su única estructura de defensa en funcionamiento. Si les quedara algo de confianza en sí mismos, habrían declarado obsoleto el Tratado del Atlántico Norte tras la caída del Muro de Berlín. Sin embargo, las dos corrientes –democristianos y socialdemócratas– que con mayor coherencia empujaron el carro de la Europa federal se han mostrado, por decir poco, inquebrantables en su apoyo a la política exterior de nuestros liberadores. De convertirse en un flamante componente de los Estados Unidos de Occidente, pueden obtener al menos una cierta correspondencia formal.

2. El corazón de Europa es voluntarioso: esto es lo más importante. El mismo edicto de Caracalla respondía a un hábito inconsciente a pequeña escala. La ciudadanía ya se concedía de vez en cuando a los veteranos del ejército, a los notables y pensadores griegos u orientales y a veces a ciudades enteras. En la actualidad, la situación ya está mucho más avanzada. El *Happy birthday to you* ha sustituido al *Bon anniversaire, nos voeux le plus sincères*, mientras que Harry Potter ha reemplazado a *Le Petit Prince* y Mickey Mouse ha eclipsado a Spirou. Mientras que la ciudadanía transatlántica continúa

siendo un derecho a conseguir, la americanidad es un hecho consumado. La primera coronará a la segunda, como un tejado que se sostiene sobre los muros de una casa que se ha alzado casi imperceptiblemente, día a día. Un cambio de soberanía puede ser decidido por tratado; sin embargo, sólo cobrará realidad y resistencia de haber también un traspaso instintivo de lealtad visual, musical y dietética. Para los europeos, sobre todo si son rusos, polacos o checos, el biotopo ya es estadounidense.

«Si tuviéramos que volver a hacerlo, comenzaría con la cultura», dijo Jean Monnet. Demasiado tarde. Un voto en el Parlamento Europeo siempre podrá adoptar otro procedimiento de regulación y un referéndum con una participación del 30 por 100 podrá «decidir» acerca del nacimiento de una Federación Europea de Estados-nación. Sin embargo, por más que ese mamut –repintado en un descolorido azul virginal, sin rastro alguno de rojo sangre– se consuma sometido a cuidados intensivos, sigue recibiendo alimentación intravenosa de sonidos e imágenes estadounidenses. Sus bolsas sintonizan con Wall Street, sus banqueros con Alan Greenspan, sus reseñas científicas con *Nature*, su televisión en *prime time* con nuestras telecomedias, sus temas de actualidad con nuestros creadores de opinión y sus críticas con *The New York Review*. Sus ejecutivos, sus herramientas, las palabras de moda que fetichizan –«comunidad internacional» en vez de nuestro «sistema internacional», más frío y preciso; o «gobernanza» en vez de nuestro «administración»– todos se importan de aquí, por razones obvias. Sus futuros directores generales y ministros de economía se forman en nuestras escuelas de negocios, al igual que lo hacen los colombianos y tailandeses. Sus aspirantes a la presidencia se pelean para ser filmados con el comandante en jefe sobre el césped de la Casa Blanca o, mejor aún, en su rancho. Sus intelectuales no vacilarán en dar la bienvenida a sus Estados de nueva adquisición para Occidente con más gracia de la que expresaron con las adquisiciones del Este.

¿Qué otro país –al menos en los últimos quinientos años– ha podido ofrecer un capital común a toda la juventud mundial, sea ésta dorada o marginal? De nada sirve protestar: la felicidad fue francesa en el siglo XVIII; hoy es estadounidense. Thomas Jefferson, como ministro de su país en París, solía decir que un hombre civilizado ha de colocar en un primer lugar a su país y en segundo lugar a Francia. El lema se ha invertido a manos de sus jóvenes tecnócratas. Todo lo que los franceses, alemanes e italianos saben acerca de sus vecinos, en la actualidad, se transmite a través de aquellas de sus obras que gozan de la aprobación transatlántica. Apenas capaces de hablar las lenguas del otro, comunican en la *lingua franca* de la tercera parte unificadora. Las discusiones intelectuales franco-alemanas que tuvieron lugar en 1930 ya no existen. Habida cuenta que Estados Unidos determina los patrones y las normas del derecho, la belleza, las finanzas, la inteligencia y la justicia, todos los intercambios culturales pasan por aquí. Con la excepción de la gastronomía, todos los certificados de autenticidad y de correcto funcionamiento –ya se trate de sus teléfonos, películas o gobiernos– tienen sello estadounidense.



3. Pese a todos los esfuerzos de sus expertos legales y administrativos, el Estado europeo nunca abandonará la mesa de diseño. Un buen ciudadano tendría que memorizar un esquema –renovado anualmente– más complejo que el plano de una refinería petrolífera: la Comisión, el Consejo, el Parlamento, el Tribunal, los diecisiete procedimientos para la toma de decisiones, la inmensa cantidad de abreviaturas y acrónimos y la clave de las actuales escalas de compensación. El buen estadounidense no tiene más que ver la televisión: la bandera, Wall Street, la información meteorológica. La ciudadanía de los Estados Unidos de Occidente daría lugar a una envidiable simplificación de las vidas de sus pueblos.

Ni que decir tiene que sus poblaciones despolitizadas no tienen fe en su proceso electoral. Bajo la marca única del despotismo ilustrado de la UE, los verdaderos centros de poder –el Banco Central, la Comisión, las Direcciones Generales– son profundamente no democráticos, mientras que las estructuras democráticas –el Parlamento de Estrasburgo– carecen de poder. Sus diputados electos, senadores, presidentes y primeros ministros gesticulan sobre un escenario vacío. La guerra y la paz, la política comercial, el presupuesto, la moneda y las principales elecciones tecnológicas están fuera de su alcance, de ahí que a sus ojos se presenten tan lejanos. Cuando emitan su voto para elegir al presidente de los Estados Unidos de Occidente, los electorados europeos se sentirán orgullosos de volver a tener alguna influencia.

4. Por fin, su voz será oída. Sus hombres influyentes hablarán largo y tendido en los periódicos sobre la cuestión. Tendrán acceso a las verdaderas personas que toman las decisiones. ¿Para qué sirve un veto francés o británico en el Consejo de Seguridad que no ha sido utilizado en treinta años? Ahora se quejan ustedes de los motivos de nuestra política exterior y, sin embargo, verán nuestro eslogan –«multilaterales cuando podemos, unilaterales cuando debemos»– bajo una nueva luz, desde el momento en que todo esto sea suyo. El 19 de noviembre de 1996, el Consejo de Seguridad decidió por catorce votos contra uno –el de Estados Unidos– la reelección de Boutros Boutros-Ghali como secretario general. Quince días después, resultó elegido nuestro candidato Kofi Annan. Éste es el tipo de multilateralismo del que llegarán a disfrutar. Se quejan de que la Administración estadounidense no cumple su palabra: Kyoto, minas, CCI. Esperen a que también ustedes puedan, gracias a una ley federal, anular un tratado retrospectivamente. Sólo gracias a los Estados Unidos de Occidente, Europa gozará de los medios necesarios para decir algo al mundo de nuevo y, lo que es más importante, para hacerse escuchar.

Ustedes conservarán sus particularidades. Además, la pena de muerte ha sido abolida en Wisconsin y Iowa. Por otra parte, ¿cabe encontrar algún otro valor proclamado en los discursos europeos que Estados Unidos no haya llevado a la práctica con tanto éxito? ¿La paz? Ambas guerras mundiales surgieron de Europa. ¿La democracia? Por aquí, la comunidad elige incluso al *sberiff* y al juez. ¿El New Deal? ¿La igualdad mediante la redis-

tribución? Nosotros nos decimos liberales pero, de vernos empujados a ello, podemos ser mucho más keynesianos que sus eurosocialistas. Su Banco Central dicta sus propias leyes, mientras que la Reserva Federal tiene que entregar un informe anual al Congreso. El capital financiero está sometido a mayores restricciones en Estados Unidos que en la UE y de ello da fe nuestro ejército de reguladores.

5. ¿Todo para esto, se preguntan? Estos cincuenta años de reuniones en la cumbre, conferencias, tratados, pactos ¿han sido totalmente en vano? En absoluto: la experiencia de la UE ha supuesto una cámara de descompresión vital, que ha permitido que sus elementos reactivos se desprendieran de sus viejos hábitos para hacer frente al gran cambio que tenemos por delante. Los socialistas franceses, por ejemplo, nunca podrían haber sido ganados para la revolución neoliberal con tanta rapidez de no haber sido por el bien de Europa. La derecha tradicional tampoco podría haber dejado caer con tanta facilidad la bandera del «trabajo, familia, patria». Las reuniones mensuales de la UE se celebran en inglés: se trata de una fase de transición crucial. La mojigatería *norpoisiana* del Quai d'Orsay ha sido vencida. Para el destete de Europa de su pasado, la UE ha sido un objeto de cariño transicional, un chupete. Ahora ha llegado el momento de cambiar. La zona del euro, con su libre comercio y sus economías desreguladas, será su trampolín.

Por más que desprenda un dulce aroma de fraternidad, una buena idea falsa envejece mal. La nueva moneda europea expresa el vacío del Estado-supermercado: apuntes de una tierra de nadie que muestran anodinos puentes y ventanas que se abren al vacío. Ningún retrato, ningún paisaje, ninguna máxima: ¿no tienen éxitos ni historia los europeos? Por el contrario, los billetes de dólar proclaman la fe eterna de Estados Unidos en Dios y en sí mismo: una moneda de combate, espléndidamente mesiánica, con su retahíla de héroes, águilas, flechas, rama de olivo y el Ojo que todo lo ve.

6. Ni que decir tiene que habrá que lamentar la pérdida de algunas cosas. Gran Bretaña tendrá que renunciar a su relación especial y por esa misma razón probablemente intente torpedear el proyecto. Francia, al haberlo perdido casi todo en Europa, lo ganará casi todo, aunque sólo fuera librarse del liderazgo alemán. En compensación, una vez dentro de los Estados Unidos de Occidente, ambos ganarán un factor indispensable en la política exterior: una diáspora hacia Estados Unidos. Hasta el momento, ningún país ha sido capaz de competir con los irlandeses y los italianos, por no hablar de los cubanos o los israelíes. Sin embargo, con sesenta millones de francoestadounidenses las cosas comenzarán a cambiar.

En lo que respecta a su opinión pública: la experiencia reciente ha mostrado la falta de fiabilidad del proceso referendario, así que no hay por qué armar tanto alboroto. En cualquier caso, sus gobiernos prefieren prescindir de fanfarrias y desfiles militares. Tres iniciales más en el pasa-

porte, algunas banderas que izar y mensajes bilingües reproducidos en los vuelos internos: se trata de ajustes que, necesarios, apenas llamarán la atención. Firme aquí abajo, por favor.

Y en lo que respecta a ti y a tus amigos antiimperialistas, mi querido Debray, podréis pensar que el juego ha terminado. Por el contrario, esto no es más que el comienzo. De ahora en adelante, vuestras críticas ya no serán tachadas de tosco antiamericanismo, sino de protesta cívica democrática. ¡Ánimo! Ya estoy viéndote, manifestándote en Washington, de la mano de tus compañeros de disidencia, Chomsky, Mailer, Sontag y Vidal.

¡Hasta pronto!

Tuyo,

Xavier

*La carta de C\*\*\*, enviada desde Washington pocos días antes de partir en una misión para su nuevo gobierno, llegó demasiado tarde para que Régis Debray pudiera replicar con su propio y muy distinto futuro para Europa, tal y como explica en un epitafio para el antiguo diplomático francés.*

*«¿Por qué un patriota debe cambiar de país? Flavio Josefo, líder militar judío del siglo I de nuestra era, abandonó una desesperada guerra de independencia y se encaminó hacia los romanos, anunciando: “Dios ha huido de su santuario y se ha instalado con aquellos a los que combatís”. Para un hombre como Xavier de C\*\*\*, el pensamiento de que el genio de Occidente había huido a través del Atlántico para castigar la impiedad del Viejo Mundo sería razón suficiente para seguirle con armas y equipajes. Flavio acabó sus días en la lujuria de la Corte, reescribiendo la historia de los judíos. C\*\*\* pagó un precio más alto. Experto en Transoxania –dominaba el turkmeno, el karakalpak, el uzbeko y el tayiko–, hombre de acción y analista estratégico, sus virtudes estuvieron durante mucho tiempo al servicio del Estado francés. En la actualidad estaban a disposición de Estados Unidos.»*

*«Poco después de echar al correo su carta dirigida a mí, C\*\*\* fue enviado por el Pentágono a Turkmenistán. Fue asesinado una mañana helada de noviembre de 2001, junto con casi todos sus hombres. Habían avanzado hacia la frontera afgana por Balkh, sin encontrar ninguna resistencia, cuando una bomba de racimo, que se había desviado de su blanco tras ser lanzada por un B-52, explotó sobre ellos.»*